Sebastián Palomo Danko

LA CULPA ES TUYA

mr̄

Sebastián Palomo Danko

La culpa es tuya

mr

© Sebastián Palomo Danko, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 3.864-2019
ISBN: 978-84-270-4558-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

La culpa es tuya (I)

—La culpa es tuya —dijo Ella mientras se volvió de espaldas a Él y caminó unos pasos hacia la ventana del salón. Delicadamente, con su mano corrió despacio la cortina, acariciándola suavemente con las yemas de los dedos, miró a la calle y por unos instantes permaneció pensativa observando el exterior, erguida y segura.

El viento que soplaba fuerte hacía unos minutos, acompañado de una intensa lluvia debido al aguacero de mediodía, había dado paso a una cálida brisa de finales de primavera, y en el cielo un pequeño rayo de sol se adivinaba intentando abrirse camino entre las nubes que iban difuminándose lentamente. La gente que pasaba por la calle recogía sus paraguas y alzaba la mirada esperando la salida del sol.

El sol..., el sol sólo estaba saliendo allá afuera. En el salón del tercer piso del número siete de la nueva calle, la tormenta no había hecho más que empezar.

—Tú eres el culpable, sólo tú tienes la culpa de que haya llegado a este punto, de todo lo que ha pasado. Tú... tú eres raro. Te he querido con locura, lo he dado todo por esta relación, por nosotros. Y ahora..., ahora

quieres que vivamos juntos, sin tan siquiera consultarme, simplemente porque tú lo has decidido. Tú y tus sorpresas... Ahora quieres que compartamos esta casa, y me lo dices así, sin más, de pronto. Ahora has cambiado, ¿verdad? Todos estos años intentando convencerte para alquilar algo juntos, para formar un hogar... ¿Sabes cuántas veces he soñado con llegar a casa después del trabajo y contarte cómo me había ido? Yo necesitaba eso. ¿Sabes cuántas veces he querido a lo largo de estos últimos meses que nos abrazáramos en el sofá viendo la televisión hasta quedarnos dormidos? Sólo necesitaba un abrazo, un beso después de un día agotador. ¿Sabes lo que te he echado de menos, lo que he llorado por no tenerte al lado a pesar de seguir juntos? Hacer el amor, sí, hacer el amor, como lo hacíamos al principio, sentirte de verdad, ahora qué hacemos, follar, joder. ¿En qué nos hemos convertido? Somos amigos, o ni tan siquiera eso, que cuando se ven se acuestan, ¿cada dos semanas? Sí, quedamos, nos vemos, hablamos por teléfono cinco o seis veces al día y cuando llega el momento de dormir nos damos las buenas noches, en la distancia. Cada uno en su casa. Que sí, que nos acostamos siempre que nos vemos, lógico, la atracción existe, eso es inevitable... Pero eso no es. Ahora, de pronto, quieres compartirlo todo, y yo, yo tengo rabia, te tengo rabia a ti. No te aguanto, ya no, es demasiado tarde. La culpa es tuya.

Él, sentado, escuchaba con la mirada perdida. No podía creer lo que estaba viviendo en ese momento, o tal vez sí. En el fondo lo esperaba. Tarde o temprano, esta conversación había de producirse.

—Ya no es lo mismo, ya nada es igual. Ha pasado mucho tiempo. Me he sentido muy sola, ¿sabes?, y he

aprendido a vivir con ello. He aprendido a estar sin ti. Antes, nada más despertarme, tenía tu imagen en mi cabeza y me volvía loca por llamarte y darte los buenos días; por imaginar planes juntos; por verte, aunque fueran diez minutos nada más para tomar un café. Eso me llenaba. Ahora es distinto. Ahora, si quedo contigo, bien, pero si no, tengo mil cosas más que hacer, y no me siento a esperar tu llamada para que vengas a recogerme a casa. Ahora tengo iniciativa y tengo un grupo de amigos. Gente que tú ni tan siquiera te has tomado la molestia de conocer. Gente que me divierte, que me hace sentir viva. Si quedamos, genial. Si no, no me importa. Te quiero. Claro que te quiero, pero no estoy enamorada. No creo que ya lo esté. Tú te has encargado de enterrarlo todo. La culpa es tuya.

Ella se dio la vuelta despacio, giró su cabeza al tiempo que Él levantó la mirada y sus ojos se juntaron. Los de Él, húmedos; los de Ella, tristes; y, por un momento, el silencio se apoderó de la habitación. Un silencio hermoso y lleno de melancolía. Lleno de recuerdos y de sufrimiento, y también de alegrías pasadas. Sus ojos se encontraron en ese eterno silencio y un atisbo diminuto de amor hizo que las comisuras de los labios de ambos esbozaran una minúscula sonrisa. El corazón de Él latía con una fuerza inusitada. Se le salía del pecho y la besó en su mente. La abrazó en su cabeza, le hizo el amor con su mirada.

Se levantó y caminó hacia Ella, que permaneció inmóvil a los pies de la ventana, sus ojos seguían unidos, no parpadeaban. La tomó de la mano y la besó. Ella le devolvió el beso. Sus bocas se juntaron y sus lenguas comenzaron a jugar, se mordieron apasionadamente por

el cuello y comenzaron a tocarse, abrazarse, desnudarse. Comenzaron a follar como antes nunca lo habían hecho. A hacer el amor follando. Y sudaban.

«Esto es un adiós», pensó Él mientras la penetraba.

2

Antes

Tenía auténtico pánico al amor. Y, por añadidura, al compromiso.

Lo había pasado mal en cada una de mis relaciones y siempre me sucedía que cuando una chica me gustaba realmente, por algún tipo de razón la cosa nunca funcionaba. Estaba decidido por completo a no enamorarme. No quería sufrir. Nunca más.

* * *

A cierta edad un hombre, por lo general, tiene claro lo que quiere conseguir en la vida y en la mayoría de los casos ya tiene un trabajo estable, quizás una familia con un par de hijos, una barriga burguesa y unos sanos *hobbies* de fin de semana. Un sueldo con que alimentar su casa, un perro, un *leasing* sobre un coche alemán, una hipoteca que pagar, unos suegros y padres a los que recurrir en caso de que el dinero no llegue para que, cuando comience el verano, los niños necesiten chapotear a orillas del mar. Yo sólo tenía el perro.

Ese era el tipo de gente que me rodeaba en aquella época. Mis amigos de la infancia, con los que no tenía nada en común y a los que las circunstancias de la vida nos iban alejando cada vez más. Así que, en realidad, me encontraba solo. Hacía ya año y medio que había dejado una convivencia de cuatro años y me había trasladado a un pequeño apartamento del centro de la capital con mi perro. Era una pequeña buhardilla situada en una de las mejores calles de la ciudad, unos escasos cincuenta metros repartidos en dos plantas. En la primera tenía un pequeño baño al lado de una cocina americana y un salón con chimenea, y en el piso de arriba estaba el dormitorio al que se accedía por unas escaleras de madera de peldaños estrechos. La cama ocupaba prácticamente todo el espacio. Una cama grande por donde pasaba cada noche una chica diferente.

O, al menos, eso procuraba. A dos escasas manzanas de mi edificio tenía uno de los garitos más sórdidos de la urbe, y cuando sentía la necesidad de compañía, que solía ser prácticamente cada día, no tenía más que entrar en el local, pedirme un whisky con agua en la barra y esperar a que un par de tetas aparcaran a mi lado. Estaba todo hecho. Así pasaba mis días sin mayores preocupaciones, bebiendo, fumando, follando y paseando al perro por el parque por las tardes.

Los fines de semana solían empezar los martes, así que, cuando llegaba el viernes, ya estaba cargando tres o cuatro resacas consecutivas y tenía la polla embadurnada en vaselina debido al escozor. Los viernes eran para los amigos, cenas que comenzaban siendo sólo de hombres, pero que al final se torcían porque sus mujeres venían a recogerlos y la mayoría de las veces se unían a la

sobremesa y lo que podría haber sido una bacanal lingüística sobre tetas, coños y folladas se convertía en un curso detallado acerca de pañales y colegios bilingües. Me sentía distinto. Y ellos me veían así. Y sus señoras ni digamos. El amigo díscolo.

Me podía permitir vivir así porque, por esas cosas extrañas que pasan en la vida, hacía unos años que había ganado una gran cantidad de dinero gracias a la fortuna. Fui abogado, estudié derecho y eso me llevó, contra todo pronóstico y también en contra de mi voluntad, a ejercer como tal. Seis años de mi vida.

Y contra todo pronóstico también y en contra de mi voluntad a la vez, se me daba bien y me gustaba. Me especialicé en urbanismo. Lo dejé de un día para otro, enfrascado en dos o tres proyectos de urbanizaciones con campo de golf que fastidiaban el ecosistema, por no sentirme identificado con aquello y por no soportar a más jefes en mi vida. Así que probé en otras cosas. Había hecho un curso de fotografía y escribía bien, por lo que conseguí un trabajo bastante bien remunerado que consistía en escribir artículos de viajes para una publicación mensual.

Tuve un golpe de suerte, además.

Sonó la flauta un día en que un amigo guitarrista me llamó por teléfono para que le llevara a su estudio de grabación. Allí, entre tragos de whisky y cervezas, desinhibido totalmente, empecé a rimar unas frases estilo rap, casualmente lo grabamos, y con ciertas mezclas y remezclas, esa chorrada alcohólica y loca se convirtió en canción del verano y gané un buen dinero.

Empecé a salir en revistas y hasta me hacían entrevistas. La gente me paraba por la calle, en la radio sonaba

mi voz e incluso me contrataron para cantar y actuar de disk jockey en discotecas. Una marca de bebidas energéticas compró los derechos de la canción y todo un verano la melodía se oía en los anuncios que partían el telefilme de la hora de la siesta. Por otro lado, mi antigua relación ya terminada con una actriz y cantante de éxito me había convertido en un personaje algo mediático, ya que habíamos salido en algunos reportajes en revistas y programas de televisión como pareja ideal el tiempo que estuvimos juntos.

La pasta que gané me permitía vivir como quería.

Me llamaban para asistir a fiestas de moda, eventos y presentaciones y hasta tenía un mánager.

Una mañana, ese mismo representante me llamó, me despertó a eso de las doce de la mañana, la noche anterior había sido dura... Me comentó que un informativo de un canal regional quería contar conmigo para hacer de personaje conocido invitado por una profesora de inglés que estaba promocionando su centro de estudios con una técnica de aprendizaje innovadora, en un pequeño reportaje. Era una cosa como «aprenda inglés con cien palabras», o algo así entendí yo. El caso es que no tenía nada que hacer aquel día, así que accedí a participar en el *show*.

Me abrió la puerta de su local. Pelo suelto hacia un lado.

Terminada la grabación del programa, me senté en el asiento del copiloto del coche de mi representante mientras este arrancaba y encendí un cigarrillo.

—Acabo de conocer a la mujer de mi vida —le dije, sorprendiéndome a mí mismo. Y permanecí en silencio, mirando al horizonte.